

# El libro electrónico

Guzmán Urrero Peña

En su artículo *The Coming Revolution*, Jason Epstein defendía con entusiasmo las novedades que acarrea la edición electrónica. El escrito, publicado por vez primera en *The New York Review of Books*, el 2 de noviembre de 2000, causó un notable revuelo en la industria del libro estadounidense. Según sus panegiristas, Epstein fue un decidido modernizador durante su etapa como director editorial de Random House, y por motivos de orgullo literario, también figuran en su leyenda áurea la fundación del suplemento antes citado y premios como el National Book Award for Distinguished Contribution to American Letters. De ahí que sus palabras, sobre todo en ciertos oídos, sonasen a profecía.

En los primeros escalones de esta nueva experiencia editorial, parece claro que tal culto a la novedad informática no retrocede frente a ninguna cautela bibliófila. En todo caso, está por demostrar si un nuevo dispositivo de lectura (el *e-book* o libro electrónico) se ofrece como una realidad posible, capaz de acompañar e incluso sustituir al libro tradicional. En su deseo de establecer un futuro tan difícil de aferrar, hay analistas que sucumben a la tentación de predecir el fin absoluto de los sistemas de edición actuales, y trazan ese panorama a corto plazo, aun sabiendo que su lectura pertenece al campo de la hipótesis. Visto desde esta perspectiva, resulta preferible atender a quienes atenúan la polémica.

A este propósito, he aquí unas líneas muy significativas del famoso artículo de Epstein: «Si bien las nuevas tecnologías modificarán la vía de transmisión de los libros, la tarea del autor continuará siendo esencialmente la misma que desempeñó Homero al cantar la *Odisea* o Dickens al presentar sus novelas, capítulo a capítulo, frente a una audiencia encantada. Por lo tanto, la experiencia de los lectores también seguirá siendo la misma, tanto si acceden a páginas electrónicas como si encargan libros en un quiosco de su barrio, donde una máquina, tan eficaz como un cajero automático, imprimirá al instante un volumen indistinguible de cualquier otro que esté impreso del modo tradicional, y no más caro de producir».

## **Variantes en la transmisión digital**

Los lectores que aspiran a reducir el espacio ocupado por su biblioteca ya disponen de instrumentos como el CD-Rom o el DVD, que han sustituido las voluminosas enciclopedias de antaño por ligeros discos portátiles, diseñados para facilitar la búsqueda hipertextual y el disfrute de archivos sonoros y videográficos. La ejemplificación de esas novedades podría continuar en un catálogo muy vasto, rico y más participativo: a buen seguro, ya son legión quienes leen diarios y revistas a través de Internet, y numerosos investigadores habrán accedido a tesis doctorales a través de la Red. En todo ello hay un indudable afán de búsqueda y conocimiento que explica asimismo la buena acogida de los libros clásicos en la malla virtual. Y es que, en efecto, son muy abundantes las bases de datos que facilitan el texto digitalizado de volúmenes liberados del derecho de autor. Sobresale entre ellos el Proyecto Gutenberg, donde se albergan numerosos títulos en lengua inglesa. El divulgador científico Arturo Escandón defiende que dicho proyecto «fue, sin duda, uno de los primeros y más importantes impulsores del libro digital. De hecho, comenzó en Estados Unidos en 1971, gracias al tesón de Michael Hart, por aquel entonces estudiante de la Universidad de Illinois, y gran defensor del acceso universal y gratuito a los fondos de dominio público. Cabe añadir que su iniciativa ha sido contrarrestada, sin suerte hasta ahora, por la industria editora norteamericana, que se empeña en hacerse con los más diversos fondos editoriales».

Para quien, como Escandón, ha quedado fijada la correspondencia entre idioma y predominio en la Red, describir este cuadro resulta poco favorable para los hispanohablantes. «Los anglosajones –advierte– nos han sacado mucha ventaja. Grandes editoriales inglesas y norteamericanas vienen desde hace dos décadas recopilando colecciones enteras de revistas electrónicas, debidamente conectadas a buscadores que reemplazan al bibliotecario tradicional. Estos fondos editoriales contienen no sólo el catálogo sino el texto completo de los artículos. Consorcios universitarios en Europa y Estados Unidos permiten a los estudiantes acceder con una sola clave a redes que comprenden varias de estas bases de datos. En algunos casos, hablamos de más de quince mil publicaciones universitarias mensuales, aparte de periódicos de corte generalista. En el Reino Unido, resalta el consorcio Athens, dependiente de los National Information Services and Systems, y fundado cuando éste pertenecía a la Universidad de Bath. En total, reúne un millón de usuarios que consultan regularmente un centenar de fondos completos y catálogos bibliográficos. Desconozco la existencia de un consorcio español o iberoamericano que cumpla la misma función.

La dispersión del mundo hispano y lusohablante en las redes me parece sobrecogedora, principalmente en el ámbito de la educación superior».

¿Qué le ocurre, pues, a la inserción de nuestros clásicos en la Red? Aquí, más que en fondos amplios debemos fijarnos en obras aisladas. En 1998 se daban a conocer varios proyectos de ese orden: bajo la dirección de Andrés Elhazaz, el Centro Virtual Cervantes acometía entre otros planes la digitalización del *Quijote*, en concreto el texto anotado que preparó Francisco Rico para el Instituto Cervantes. Con parecido propósito, Eduardo Urbina, profesor de Español y Estudios Hispánicos en la Texas A&M University, encabezaba el *Proyecto Cervantes 2001*, concebido a finales de 1994 con el propósito de recoger las obras completas de Cervantes en varias ediciones y versiones. Siguiendo esta senda, el índice de novedades ha crecido en los últimos años de forma considerable.

Pero hay que seguir un poco más adelante. Quizá de modo arbitrario, hemos pretendido reseñar, por un lado, las primeras fórmulas de edición digital (CD-Rom y DVD), y por otro, esa biblioteca sin límites que inaugura Internet. Pues bien, en medio de todo esto, aparece el siguiente eslabón, previo al libro electrónico propiamente dicho. Sabido es que la llamada *librería virtual* dejó abierta la oportunidad para adquirir, a través de la Red, los títulos incluidos en un determinado catálogo. De ahí a improvisar un espacio interactivo, enriquecido por reseñas y artículos, y donde fuera sencillo escoger y comprar, sólo había un paso. Paso que dieron con buena fortuna *Amazon.com* y otras empresas afines, responsables de introducir entre los lectores la costumbre de obtener libros en el mercado electrónico.

Por lo que hace a nuestro tiempo, es consolador y estimulante ver en este empeño los avances de la distribución editorial. Para comenzar, gracias a las tiendas virtuales, el comprador comienza a advertir lo dudoso del método que representan muchas librerías convencionales y también las grandes cadenas, por lo común sometidas a la rápida rotación del mercado y atentas al rendimiento individual de cada ejemplar. Librerías donde el fondo, cada vez más corto en clásicos, ha de ser renovado sin tregua, y que por ello contrastan con los comercios de Internet, cuyo censo de libros, quién sabe por qué azar, suele colmar nuestra necesidad de buscar nuevas referencias, por singulares que éstas sean y por alejado que se encuentre nuestro hogar del punto de venta.

En este proceso, en el cual se refleja el entusiasmo contagioso de la nueva informática, no es aventurado suponer la importancia de dos experiencias deslumbrantes: los libros a la carta, editados exclusivamente en Internet e impresos mediante ingenios cada vez más audaces; y los dispositivos electrónicos de lectura, diseñados con el afán de sustituir al clásico

tomo de papel. Toda vez que la expresión *libro electrónico* nos ha de servir para identificar ambos hallazgos, y como presumiblemente no faltarán bibliómanos que los repudien, intentaremos entresacar, en unas cuantas líneas, varias de las sorpresas tecnológicas que han de transformar el oficio de editor.

En su libro *La edición sin editores* (Destino, 2000), André Schiffrin proyectaba las tinieblas del horizonte editorial contemporáneo (la concentración de empresas, el tratamiento del libro *estrictamente* como mercancía). Descartando la esperanza, como quien relata un ocaso inevitable, otros autores han insistido en los mismos males, de honda raíz sociológica. Tal vez por esto valga la pena describir el nuevo escenario mercantil e intelectual que fomentan las computadoras y, en lo posible, describirlo sin fantasías ni sensacionalismo.

Imposible no acudir a los expertos.

## El paso del Noroeste

Repitamos lo ya apuntado por Arturo Escandón: «Fue un estudioso mcluhanista de las comunicaciones, Paul Levinson, quien consideró los ordenadores como nuevos libros. Internet es ciertamente un gran libro nunca completado, de características similares al *Aleph* borgiano. Los saltos que permite el hipertexto, la capacidad de buscar y encontrar información, las nuevas formas de catalogarla o desarticular nuestras inútiles o arbitrarias formas de establecer órdenes o taxonomías, configuran un espacio nuevo y dinámico que podríamos llamar libro postmoderno. La metáfora es precisamente el hipertexto, es decir, un texto que se comunica con otros textos distribuidos en una red de conexiones desconocidas».

La historia reciente nos suministra imágenes de ese modelo. En el tablero de diseño de Vannevar Bush fue donde, hacia 1945, apareció el primer esbozo de un libro electrónico: el *Memex*. Dicho artefacto nunca se llegó a comercializar. Debe suponerse, no obstante, que el artilugio debió de tener cierto alcance, a causa por lo menos de su influjo en posteriores diseñadores. Bush no estaba lejos de creer que el futuro de los ordenadores pasaba por una pantalla de lectura. El proyecto no era un juguete inconsciente, pero pasó por numerosas vicisitudes antes de convertirse en realidad. De ese proceso, mucho de lo que en rigor puede decirse queda resumido en la siguiente anécdota de Javier Sánchez Ventero, miembro del Technical Council of Software Engineering y del Institute of Electrical and Electronics Engineers: «Fueron los propios usuarios quienes dieron un